

Reproducción

Tomó III, Nos. 49 y 50—Noviembre 30 de 1920

Director: Elías Jiménez Rojas. — San José, C. R. — Ap. 230

Terruño, Patria, Humanidad

Por José Ingenieros

*Páginas escritas para el próximo
Congreso de Estudiantes Latino americanos*

I.—TERRUÑO

1. *El terruño es la patria del corazón.*
De todos los sentimientos humanos, ninguno es más natural que el amor por la aldea, el valle o el barrio en que vivimos nuestros primeros años. El terruño habla a nuestros recuerdos más íntimos, estremece nuestras emociones más hondas; un perfume, una perspectiva, un eco, despiertan un mundo en nuestra imaginación. Todo lo que es del terruño lo sentimos nuestro, en alguna medida; y nos parece, también, que de algún modo le pertenecemos, como la hoja a la rama.

El amor al terruño existe ya en la familia y en la tribu, ligado al medio físi-

co desde que el grupo se adapta a la vida sedentaria; se acendra al calor del hogar. La atmósfera de la familia lo alimenta, la amistad lo ahonda, la simpatía lo extiende a todos los que viven en una vecindad habitual. Es en el terruño donde se oyen las primeras nenas de la madre y se escuchan los consejos del padre; allí se forman las intimidaciones de colegio y se sienten las inquietudes del primer amor; allí se tejen las juveniles ilusiones y se tropieza con inesperadas realidades; allí se adquieren las más hondas creencias y se contraen las costumbres más firmes. Nada en él nos es desconocido, ni nos inspira desconfianza; llamamos por su nombre a todos los vecinos, conocemos en detalle todas las casas, nos alegran todos los bautismos, nos afligen todos los lutos. Por eso sentimos en el fondo de nuestro sér una solidaridad íntima con lo que pertenece a la aldea, el valle o el barrio en que trascurrió nuestra infancia.

Ningún concepto político determina este sentimiento natural. Es innecesario estimularlo con sugerencias educacionales, porque es anterior a la

escuela misma; se ama al terruño ingenuamente, por instinto, con espontaneidad. Es amor vivido y viviente, compenetración del hombre con su medio. No tiene símbolos, ni los necesita.

2. *Los sentimientos lugareños son profundos porque no son artificiales.* Sacar a un hombre de su barrio, de su aldea, de su valle, de su montaña, es desterrarlo de la patria de su corazón. Todo el resto del mundo es igual para el hombre; fué ra de su terruño, puede exclamar con sinceridad que donde está su bien está su patria.

No se le ama porque se ha nacido en él, sino porque allí se ha formado la personalidad juvenil, la que deja más hondos rastros en todo el curso de la vida. Ese tierno afecto no está ligado al involuntario accidente del nacimiento, desde que a nadie se le pregunta antes dónde desearía nacer; depende de la experiencia continua que acumula sensaciones e ideas, cariños y creencias. El tesoro de nuestros recuerdos iniciales está formado por impresiones del terruño; cada vez que el ánimo afectado busca refugio en la

propia vida interior, revivimos las escenas del hogar, de la escuela, de la calle, como si las remembranzas de la edad primera pudiesen aliviarnos en el andar accidentado de los años viriles.

La fuerza del sentimiento lugareño se comprende mejor a distancia. Viajando lejos, muy lejos, en ciertas horas de meditación llega a convertirse en esa angustia indefinida que llamamos nostalgia. Todo el que la ha sentido, sabe que no es del Estado político, sino del terruño; nadie añora lugares ni personas que nunca ha conocido, ni podría curarse el ánimo nostálgico yendo a vivir en regiones ignotas del propio país.

A medida que se avanza en edad los recuerdos del terruño se idealizan, olvidándose todo lo malo, acentuándose todo lo excelente. Y es común que los hombres, al morir, pidan que vuelvan sus huesos al lugar donde transcurrió su infancia, como si quisieran devolverle toda la savia con que alimentó su personalidad en la hora del amanecer.

3. *El amor al terruño se dilata a*

medida que los pueblos se civilizan. En cierto grado del desarrollo social es imposible que cada terruño viva separado de los vecinos; poco a poco, los que tienen intereses comunes, creencias semejantes, idiomas afines, costumbres análogas, van formando sociedades regionales cada vez más solidarias e interdependientes. Prodúcese, en consecuencia, una expansión sentimental que permite abarcar en la amistad y en la simpatía a otros terruños, aunque siempre conservando para el propio los mejores latidos del corazón.

El niño, a medida que crece, aprende a conocer los hombres y las cosas de su región o de su ciudad, relacionándolas afectivamente con las de su aldea o de su barrio. El sentimiento regional o urbano es todavía una forma de patriotismo natural, no elaborado mediante sugerencias políticas; tiene una genéalogía sincera y espontánea.

Sólo en períodos avanzados del desenvolvimiento social las ciudades o regiones tienden a asociarse en naciones o Estados; el patriotismo, como inclinación espontánea, sólo existe en

la medida de la afinidad. El cultivo de un sentimiento extendido a regiones que no son afines es una función política; se forma de esa manera un patriotismo artificial, que es la representación colectiva de intereses comunes a todos los miembros de un-Estado. Muy pocos hombres superiores son capaces de sentirlo hondamente, aunque todos los políticos de profesión suelen simularlo con fines egoístas. Suele, en fin, ser representado por símbolos convencionales que procuran unir artificialmente a personas que no tienen sentimientos naturales comunes, como ocurre en las regiones o ciudades que cambian de nacionalidad por violencia de conquista o por maquinación de diplomacia.

Más alto que esas elaboraciones políticas artificiales, pujante y profundo como un instinto, imperativo, intransmutable, sobrevive en todos los hombres el amor al terruño, que es la única y siempre viva patria del corazón.

II.—PATRIA

1. *El sentimiento de solidaridad se extiende progresivamente a la nación.* Se forma en la medida de las afinidades preexistentes en la realidad social; no tiene por límites el Estado político, sino la homogeneidad regional. En el sentimiento de solidaridad nacional se funden anhelos de espíritus y ritmos de corazones; es temple uniforme para el esfuerzo y homogénea disposición para el sacrificio; es conjunción de ensueños comunes para emprender grandes cosas y es firme decisión de realizarlas; es convergencia en la aspiración de la justicia, en el deber del trabajo, en la firmeza de los ideales, en la intensidad de la esperanza, en el pudor de la humillación, en el deseo de la gloria.

Este sentimiento sólo puede existir entre los hombres que forman un pueblo homogéneo; cuando pueblos distintos se encuentran reunidos en un mismo Estado político, el lazo no se acompaña de vínculos espirituales y puede convertirse en cadena. Sólo hay sentimientos de solidaridad nacional entre los que tienen ideales comunes; mientras las

regiones, las castas, los ciudadanos, no viven en un pie de armonía política y social, el patriotismo de los opresores es inconciliable con el de los oprimidos. Los pueblos de América fueron patriotas al emanciparse, porque odiaban el Estado político a que pertenecían.

Los límites psicológicos del patriotismo natural son los fijados por la afinidad. Hay Estados que no son patrias, porque no existe comunión espiritual entre sus habitantes. El sentimiento de solidaridad comienza a existir cuando las aspiraciones son homogéneas; por eso es más hondo en las mentes conspicuas, capaces de comprender y amar intensamente a todo un pueblo; de honrarlo con sus obras, de orientarlo con sus ideales.

El Estado es una patria convencional y con frecuencia no despierta ecos en el corazón de los hombres, porque suele nacer del artificio o de la conquista; millones de hombres cambian de nacionalidad política cuando lo resuelve un consejo de diplomáticos o lo impone con su garra un conquistador.

El verdadero sentimiento patriótico no hace amar abstractamente a la

nación política, sino concretamente a los hombres con quienes se vive en solidaridad espiritual. No es patriota el que sirve a los déspotas o a los opresores, sino el que ama a sus conciudadanos, los respeta, los educa, los alienta, los dignifica, los honra, luchando por el bienestar de su pueblo, sacrificándose por emanciparlo de todos los yugos.

Los espíritus egoístas son incapaces de amar la patria natural y se limitan a ensalzar la patria abstracta. Los que sirven al poderoso y consienten la injusticia son enemigos del pueblo, merecedores de odio, repulsivos; sólo pueden sentirse patriotas los que trabajan para la libertad y el bienestar de todo su pueblo, porque la patria no debe ser la celda del esclavo, sino el solar del hombre libre.

El culto de la patria, concebida como una abstracción jurídica ajena a la realidad social, suele degenerar en una fría simulación del sentimiento patriótico. Concretarse a cultivar conceptos simbólicos, olvidando la justicia y la solidaridad entre los conciudadanos, es hacer traición al patriotismo. Man-

chan el nombre de patriotas los que no presienten el porvenir del pueblo, los que lo oprimen, los que lo embrollan, los que lo aprovechan; la mentira patriótica tartajada al pueblo por políticos que lo engañan, por mercaderes que lo explotan, por mandones que lo domestican, es la antítesis del íntimo sentimiento que constituye el patriotismo del corazón.

2. *El medio físico en que viven los pueblos no es homogéneo.* De ello nacen diferencias mentales y éticas que son beneficiosas para la armonía de la humanidad. Conviene al conjunto la acentuación de los rasgos que caracterizan la mentalidad colectiva de cada unidad sociológica, en el sentido más propicio a su adaptación al medio. Esta tipificación natural engendra utilísimos sentimientos, ensanchando y perfeccionando los límites del primitivo amor al terruño.

Cuando nace espontáneo, el amor a la nacionalidad temple los corazones más libres de un pueblo viril, y se armoniza con el amor a la humanidad; no conseguirán desacreditarlo los que desean convertirlo en instrumento de casta, de clase o de partido. En vano

los astutos y los facciosos procuran explotarlo con fines pequeños, sugiriendo que el acto de votar—un minuto cada tantos años—igual a al manso elector con los hombres que trabajan noche y día para dignificar a su pueblo; se es ciudadano a todas horas, o no se es en momento alguno. Las interpretaciones de sus aprovechadores políticos son al nacionalismo espontáneo como los fuegos de artificio a la luz del sol. No es patriotismo el que de tiempo en tiempo chisporrotea en palabras, sino el que impulsa de manera constante a trabajar por la felicidad común.

El sentimiento de la nacionalidad tiene un contenido moral; cuando los intereses de un grupo se sobreponen a los ideales que brotan del alma vibrante del pueblo, se cubre de parásitos que lo explotan como una industria. Convertirlo en lábaro de la tiranía y del privilegio, es obrar como enemigos de la realidad nacional, pues el ejemplo corruptor hace olvidar a todos que en el canto de un poeta, en la verdad de un sabio, en el ensueño de un apóstol o en la reflexión de un filósofo, puede estar una partícula de la gloria común.

El sentimiento de solidaridad nacional debe tener un hondo significado de justicia. El bienestar de los hombres es incompatible con rutinarios intereses creados y necesita inspirarse en credos nuevos: despertar la energía, estimular la libre iniciativa, suprimir la ociosidad, desenvolver la cooperación en el trabajo. Virtudes cívicas modernas deben sobreponerse a las antiguas, convirtiendo el sentimiento nacionalista en fecundo amor al pueblo, ajustado a los ideales del siglo en que vivimos. Es justo desear para la parte de humanidad a que pertenecemos un puesto de avanzada en las luchas incesantes por el progreso y la civilización. En una hora grata y de nuestra juventud, anticipamos estas palabras explícitas: «Aspiremos a crear una ciencia nacional, un arte nacional, una política nacional, un sentimiento nacional, adaptando los caracteres de las múltiples razas originarias al marco de nuestro medio físico y sociológico. Así como todo hombre aspira a ser alguien en su familia, toda familia en su clase, toda clase en su pueblo, aspiremos también a que nuestro pueblo sea alguien en la humanidad». Y en la

ovación que subrayó esas palabras creímos sentir un homenaje a los revolucionarios que, cien años antes, habían vibrado por análogos sentimientos, emancipando al pueblo de la opresión política que lo envilecía.

3. *Todo pueblo debe tener sillares firmes: convergencia de esfuerzos y unidad de ideales.* Es vana quimera toda esperanza que no pueda traducirse en acción; estéril es toda energía mientras no la ilumine un ensueño que embellezca la vida.

El trabajo es la fuente de toda grandeza colectiva, pero no basta: la opulencia es siempre eventual. La cultura es el complemento necesario de toda culminación legítima; pero agoniza cuando se extingue la virtud del trabajo. Un pueblo no puede vivir sin soñar, ni puede soñar sin vivir.

Pensar y trabajar es todo uno y lo mismo. Las razas seniles no trabajan ni piensan. En las ciudades muertas, que son osamentas fósiles de culturas extinguidas, nadie trabaja y nadie piensa. Repudiamos los sofismas de los mercaderes: no es verdad que donde conviene la energía sobra el ideal. El

vientre y el músculo serían absurdos en un pueblo sin cerebro.

Por el camino de la pereza y de la ignorancia ningún pueblo culminó en la historia. Desdeñemos la pobreza holgazana que confunde su estado con la sapiencia ascética, sugiriendo que los pueblos laboriosos viven en sordidez prosaica. La historia dice que el trabajo y la cultura se hermanan para agigantar a los pueblos, que la pobreza y la ignorancia suelen ser simultáneas en su decadencia.

Cuidemos la sementera, bendigamos los campos fecundos; pero cada vez que el arado rompa un surco, abramos una escuela y enseñemos una virtud. Arar cerebros y corazones vale tanto como preparar una mies ubérrima; la mies puede perderse y decaer la opulencia, la cultura no se agosta ni concluye nunca. El trigo y el laurel son igualmente necesarios; son enemigos de su pueblo los que alaban una riqueza ignorante o una mendicidad ilustrada.

El trabajo es fuente de mérito y base de toda humana dignidad. El porvenir será de los que trabajan. To-

do holgazán es un esclavo, parásito de algún huésped. Sólo el trabajo da la libertad. Cada trabajador es una fuerza social; el que no trabaja es un enemigo de la sociedad. Ennobleciedo el trabajo; emancipándolo de todo yugo, transformándolo de suplicio en deleite, de vergüenza en honor, cada hombre sentirá el deber de servir útilmente a su pueblo.

Los valores morales tendrán el primer rango en la ética venidera. El ignorante es siempre débil, incapaz de confiar en sí mismo y de comprender a los demás; en la cultura está el origen de toda perfección. Ella engendra la única excelencia legítima, apuntala nuestras creencias, agudiza el ingenio, embellece la vida y enseña a amarla, es la clave de toda virtud. Ella permite a los precursores decir con fe sus esperanzas y sus ideales, como si fueran la verdad y el sueño de todos; y de esa fe proviene su eficacia, pues no callan hasta que todos acaban por creer.

Trabajo, que dignifica, y cultura, que enaltece, son dos aspectos de un mismo advenimiento. Toda revolución

de las instituciones sociales se anuncia y se prepara como una revolución de los espíritus. Todo ideal pensado está ya en los comienzos de su realización.

III.—HUMANIDAD

1. *La solidaridad humana es la forma superior del patriotismo.* Los límites naturales de los pueblos no son políticos, sino sentimentales: se extienden hasta donde llega la simpatía. Cuando se escucha la sola voz del corazón, patria es el terruño; cuando prima el interés político, patria es la nación; cuando habla el ideal, patria es la humanidad. Y en el desarrollo histórico de este sentimiento podemos decir que el terruño expresa el patriotismo del pasado, la nación el patriotismo del presente, la humanidad el patriotismo del porvenir.

La solidaridad de sentimientos se atenúa por grados, de la familia al terruño, a la región, al Estado, a la raza, a la humanidad, pero no se transforma en crueles sentimientos de antipatía, no puede ser odio.

La innoble agresividad que hiere

el sentimiento de otros pueblos, no es patriotismo, sino envidia malsana, fomentada por irreflexivos políticos; éstos no tiemblan ante la responsabilidad de las guerras que encienden, acostumbrados a comentarlas desde sus casas, mientras los pueblos se exterminan en las trincheras. Todos mienten lo mismo. Pretenden que el propio país es el mejor del mundo y engañan a los jóvenes con esperanzas ilusorias; domesticán la opinión pública y enseñan a odiar al que piensa con su propia cabeza; fomentan la superstición de vanas palabras y luégo las explotan para disfrazar realidades venales.

Malditos sean los cobardes que conspiran contra la paz de sus pueblos, encendiendo regueros de intrigas internacionales; malditos cien veces los que fabrican cañones, robando el metal que necesitan los arados; mil veces malditos los que hacen correr en el mundo una gota de sangre, que no es la de sus propias venas.

No hay manera más baja de amar a la propia patria que odiando a las patrias de los otros hombres, como si todas no merecieran engendrar en

sus hijos iguales sentimientos. El patriotismo debe ser emulación colectiva para que el propio pueblo ascienda a las virtudes de que dan ejemplo otros mejores; nunca debe ser envidia colectiva que haga sufrir de la ajena superioridad y mueva a desear el abajamiento de los demás, hasta el propio nivel. Cada pueblo es un elemento de la Humanidad; el anhelo de la dignificación nacional debe ser un aspecto de la fe en la dignificación humana. Ascienda cada pueblo a su más alto nivel, y por el esfuerzo de todos se remontará el nivel de la Humanidad.

2. *La solidaridad se extiende a medida que los pueblos amplían su experiencia y elevan sus ideales.* La capacidad de simpatía va creciendo con la civilización; todos los hombres que en el mundo comparten las mismas creencias y se animan por los mismos intereses, se sienten amigos o hermanos. Las comuniones y los partidos que antes pasaron del terruño a la nación, comienzan ya a pasar de la nación a la humanidad.

Dos gremios poderosos iniciaron el acercamiento de los pueblos, exten-

diéndose por sobre las fronteras de las naciones: los banqueros y los sacerdotes. El capital no tiene patria, ni tiene patria la religión; han salido del terruño, de la región, del Estado, para internacionalizarse y conquistar la humanidad.

Siguiendo sus huellas se han internacionalizado las ideas y la civilización. La circulación del pensamiento y de los hombres ha extendido la solidaridad humana; el camino, el vapor, el riel, el teléfono, el cable, la turbina, el inalámbrico, la volación, han dilatado los horizontes de la fraternidad universal. Poco a poco, en firme enaltecimiento, han comenzado a internacionalizarse la ciencia, el arte y el trabajo, después del capital y la religión.

Todas las fuerzas vitales de los pueblos comienzan ya a solidarizarse en la humanidad. La producción y el consumo están regulados en el mundo entero por factores internacionales; los medios de circulación se han centuplicado, en la tierra, en el mar, en el aire. Los pueblos que no han entrado en esa regulación internacional no se consideran civilizados; y no lo son. Ca-


da invento técnico, descubrimiento científico, creación artística, llega instantáneamente a todos los pueblos; en todos se definen las mismas normas morales, en todos se formalizan análogos principios jurídicos.

Así como en la nación se ha expandido la primitiva solidaridad del terruño, empieza ya a expandirse en la humanidad la solidaridad de la nación. Esta forma superior del sentimiento sólo cabe por ahora en grandes corazones que desbordan de la patria política, como ésta desbordó otrora de la primitiva patria lugareña. Sólo se sienten solidarios en la humanidad los espíritus que conciben y aman ideales humanos, anticipándose a los sentimientos que llegarán a ser más comunes en el porvenir.


Apóstoles fueron, otrora, los hombres que en su tiempo supieron elaborar un sentimiento nacional sobre los patriotismos de terruño, creando los Estados actuales. Apóstoles son, hoy, los que empiezan a elaborar un sentimiento humano sobre los patriotismos nacionales, creando una vasta

solidaridad de justicia y de amor que abarca a toda la humanidad.

3. *La fraternidad de los pueblos es una armonía de sentimientos convergentes que buscan su estado de equilibrio.*

 Así como la desigualdad natural de los ciudadanos es conveniente para la armonía de un pueblo, la desigualdad natural de los pueblos es conveniente para la armonía de la humanidad.

La justicia no consiste en borrar esas desigualdades, sino en utilizarlas para armonizar el conjunto. A todos los pueblos conviene que cada uno intensifique sus propios rasgos de acuerdo con las características del medio en que se desenvuelve; si ellas se perdieran sería perjudicial para toda la humanidad.

 La solidaridad internacional no debe concebirse como una fusión niveladora, sino como un equilibrio de partes cada vez más diferenciadas, capaces de cumplir mejor sus funciones en beneficio propio y de los demás.

La falta de ese equilibrio entre las partes determina la perturbación de los sentimientos de solidaridad y des-

encadena la catástrofe de las guerras. Cuando un pueblo pierde la noción de la interdependencia humana, tiende a romper el equilibrio en su provecho, causando la ruina de los demás al mismo tiempo que la propia.

El progreso de la solidaridad se caracterizará en el porvenir por el desarrollo de organismos jurídicos, económicos y morales que regulen las relaciones de todos los pueblos. Un equilibrio estable y perfectible permitirá la coordinación de las partes que cooperan a funciones cada vez más generales, armonizando la felicidad de la familia, del terruño, de las regiones, de los Estados, de la humanidad.

El ideal de perfección política consiste en una coordinación federativa y funcional que parta de los núcleos sociológicos más simples para llegar a la armonización de los más complejos.

La tiranía política, el parasitismo económico y la superstición religiosa necesitan oponerse a esos ideales, para dividir a los pueblos; sólo pueden contribuir a armonizarlos los hombres que rinden culto a la libertad, a la justicia y a la moral.

El Trabajo Organizado y el Público

Por Arthur Richmond Marsh

En las disidencias surgidas en los últimos tiempos entre el capital y el trabajo, el público ha desempeñado un papel pasivo de espectador desinteresado. Sin embargo, era el llamado a sufrir las consecuencias de la contienda industrial y de sus resultados. Va despertando al fin a la conciencia de sus derechos y de la fuerza potencial que encarna, y comienza a hacer ensayos para solucionar tales disidencias en forma equitativa, mediante un tribunal industrial recientemente creado en Kansas ante el cual se expondrán las diferencias que afectan la producción y distribución de artículos de primera necesidad, fallando el Gobierno como legal representante del público. Las discusiones promovidas con motivo del establecimiento de esta institución son muy interesantes, pues dan la medida del concepto de la clase obrera con relación a sus derechos y prerrogativas, y marcan a la vez el giro incipiente de la opinión pública en el sentido de que las cuestiones que afectan el bienestar del público general son de su propia incumbencia y le asiste el derecho de solucionarlas por medios legales. El autor trata estos puntos en el artículo siguiente con espíritu recto e imparcial.—LA REDACCION DE *Inter-América*.

Las cosas y las acciones son como son, y las consecuencias serán las que hayan de ser. ¿Por qué aspirar entonces a ser engañados? *Bishop Butler's Sermons at the Rolls.*

Es una idea moderna aquella de que el trabajo industrial organizado y militante se presente ante el público considerándole su jefe supremo y el árbitro de sus destinos en última ins-

tancia. Hasta hace muy poco tiempo—a decir verdad, hasta mucho después de la terminación de la guerra europea y del establecimiento aparente de la clase obrera industrial en una posición de dominio indisputable en la sociedad, en virtud de la importancia que se atribuyó a dicho gremio durante el período de la guerra y después de su terminación—el trabajo industrial y sus jefes de este y otros países, imagináronse destinados a tratar únicamente con aquello llamado capital, limitando su significado a los propietarios y directores inmediatos de los recursos industriales del capital. Contra el capital exclusivamente, a fuer de propietario, se dirigía la lucha persistente de la clase obrera por el mejoramiento tanto absoluto como relativo de sus condiciones; y todos los esfuerzos para asegurarse salarios mayores, menos horas de labor, condiciones más favorables para el trabajo y otras ventajas en su posición social y económica, se interpretaban en términos de un conflicto, una batalla con el renuente y antagonico capital. Puede decirse con

exactitud que la terminología entera de lo que se conoce comúnmente como el movimiento de la clase obrera, refleja y supone conflicto incesante entre el trabajo y el capital. Y esta terminología expresa ideas de carácter análogo, la principal de las cuales es que el fin y el objeto supremo del trabajo es alcanzar la victoria sobre el capital, ya sea en discusiones particulares o en campaña general. Esto es tan positivo, que se buscaría en vano en los discursos de los jefes y representantes de la clase obrera industrial, en las columnas de los diarios y publicaciones que defienden su causa, en los libros escritos para sostener sus intereses, la prueba de una percepción siquiera imperfecta, por parte de los oradores y escritores, de que nadie, ni siquiera los contendientes principales, el capital y el trabajo, se preocupan en lo menor de lo que pasa en uno y otro lado. Al público en general se le permite apenas colocar una palabra o una idea en los argumentos y discusiones sobre el tema de los derechos del trabajo y los deberes del capital, presumiéndose

tácitamente que las funciones del público se reducen a una paciente aquiescencia y aceptación de las determinaciones alcanzadas por el trabajo y el capital después de que estas entidades hayan arreglado entre sí sus diferencias.

Puede convenirse quizá que en el pasado había ciertas razones para esta parte en cierto modo innoble que se asigna al público, por cuanto jamás se rebeló contra esta situación ni la rechazó por impulso propio. Ha demostrado, por el contrario, una disposición constante a considerar el conflicto entre el trabajo y el capital como asunto que no era de su incumbencia, con tal que no avanzaran los contendientes hasta la violencia material extrema poniendo en peligro la tranquilidad pública. Indudablemente cuando esta real batalla se desarrollaba en forma de huelga o paro, dejábanse oír en uno y otro lado ciertos vagos rumores acerca de la importancia de contar con el favor de la opinión pública en la controversia; pero la opinión pública a que se aludía no era la opinión pública en general con

relación a sus propios intereses independientes y a sus derechos incontables. No se suponía que el público general tuviera opinión alguna, como tampoco se suponía que tuviera intereses ni derechos algunos. Naturalmente, al cabo es el público quien paga la cuenta, provenga de dondequiera; pero más allá de esto no se le concedía participación eficaz alguna en los procedimientos; y, hasta los últimos tiempos, tampoco el público la demandaba.

Sin embargo, un cambio manifiesto se ha presentado recientemente en la actitud mental de la masa general del público a este respecto. Da indicios inequívocos de descontento ante el papel pasivo que se le ha adjudicado. Comienza a reflexionar sobre algunas de sus propias costas, pérdidas y sufrimientos cuando el trabajo y el capital están empeñados en una guerra industrial, y sobre las molestias e inconveniencias a que se le sujeta cuando la cuenta le es presentada y necesita pagarla. Gradualmente se da cuenta de que tiene también intereses y derechos inabrogables que debe afirmar y

defender tanto contra el trabajo como contra el capital, y trata de encontrar el medio y forma más conveniente de hacer eficaces estos derechos y estos intereses. Comienza a rebelarse poco a poco contra el principio de que no tiene otro recurso que morir de hambre, de frío, sufrir que sus negocios se interrumpan y quizá se arruinen, soportar daños irreparables en su vida y sus asuntos, porque en esta o en aquella industria de alcance nacional y relacionada con las necesidades de la existencia, el trabajo y el capital han venido a las manos y se proponen continuar la lucha hasta el punto extremo de la victoria completa para un lado o para el otro. Y al moverse para proteger sus intereses y y derechos el público, de acuerdo con sus nuevas ideas, se inclina muy poco a dejarse restringir por tradicionales fórmulas políticas, sociales y económicas, por grande que sea el elemento de verdad y de justicia que reconozca en tales fórmulas cuando están convenientemente limitadas en su aplicación. Aun cuando todavía se dirige ciega y confusamente en cierto modo hacia su

objetivo, el público está determinado, no obstante, a encontrar alguna manera de arreglar las disputas industriales más importantes, de manera que a la vez que permita preservar la esencia de las fórmulas tradicionales, establezca una justicia más amplia que incluya al público y sus derechos e intereses incontestables.

El curso del debate sostenido en Nueva York entre Mr. Samuel Gompers, presidente de la American Federation of Labor, y el gobernador de Kansas, Henry J. Allen, demuestra en forma patente cuán extremadamente desconcertante es esta nueva tendencia de la mente pública con respecto a las controversias entre el trabajo y el capital, para los hasta hoy confiados y seguros de sí mismos directores de la clase obrera industrial organizada en este país.

El tema inmediato de la discusión era el famoso—o infame, como Mr. Gompers y otros directores de la clase obrera lo llamarían—tribunal industrial de Kansas, de cuya creación por la legislatura de Kansas es responsable en gran parte el gobernador Allen:

Los propósitos de este tribunal, según lo explican aquellos que lo concibieron y establecieron, son atender a las controversias industriales que afecten la producción y distribución de los artículos necesarios para la vida, alejándolas del terreno del conflicto entre el trabajo y el capital—conflicto que en última instancia se verifica a expensas del público—y solucionarlas, no a favor de los métodos a menudo ilusorios e ineficaces de conciliación y arbitraje, sino sujetándolas a los procedimientos de la justicia administrada por el Gobierno mismo, como representante del público. Mr. Gompers, como quizá era de esperarse, se manifiesta en completa rebelión contra la mera concepción de un tribunal industrial de esta naturaleza y contra el ejercicio de las funciones que se le adjudican, sosteniendo que destruye los derechos fundamentales más preciosos y las prerrogativas de los trabajadores industriales; que arruina el programa entero de la clase obrera sobre el mejoramiento progresivo económico y social; y que restringe por completo los ideales hacia cuya reali-

zación los obreros han encaminado y dirigido sus esfuerzos. El objeto de esta discusión era, a decir verdad, proporcionar a Mr. Gompers la oportunidad de expresarse ampliamente en esta materia, a la vez que abrir campo de otro lado al gobernador Allen para que sometiera las contenciones y argumentos de Mr. Gompers al análisis crítico sugerido por un nuevo punto de vista en relación con el asunto.

Los informes del debate revelan que Mr. Gompers, en sus ataques al tribunal de Kansas, se apoyaba casi exclusivamente en la aserción e insistencia sobre los principios generales, que no solamente creía fundamentales en la vida del pueblo libre norteamericano, sino que también debían aplicarse sin discreción ni limitación. No admitía, por ejemplo, reserva alguna con respecto al principio de libertad completa de acción para el obrero industrial individualmente. «Un hombre libre puede dejar de trabajar cuando le agrada.» decía; «y las consecuencias a nadie incumben sino e él mismo.» Y después: «¿Qué es la libertad? El derecho de gobernarse a sí mismo, la pro-

piedad del hombre sobre sí mismo. El esclavo debe trabajar cuando su dueño quiere y se lo ordena. El hombre libre puede dejar de trabajar cuando quiera, y, cualesquiera que sean las consecuencias y sufrimientos que ello implique, son sus propias penas y no las penas de otro alguno».

La quinta esencia de la réplica del gobernador Allen a esta afirmación doctrinaria que Mr. Gompers hacía de principios inapropiados e ilimitados y sus implicaciones, se encontrará en la pregunta que el primero propuso repetidas veces a Mr. Gompers, pero que éste se excusó de responder declarándola “poco honrada”, “insidiosa” y otras cosas semejantes. La pregunta era la siguiente:

“Cuando cualquiera disidencia entre el capital y el trabajo provoca una huelga que afecta la producción o distribución de artículos necesarios para la vida, amenazando así la tranquilidad pública y poniendo en peligro la salud pública, ¿tiene derecho el público de mezclarse en la controversia, o es una cuestión privada entre el capital y el trabajo? Y si contesta usted por la afir-

mativa, ¿cómo protegería usted los derechos del público?"

Mr. Gompers no respondió a esta pregunta; pero era evidente que se encontraba lastimosamente perplejo. Desde su punto de vista, no podía responderse, a decir verdad. Lo más importante, sin embargo, es que la cuestión se propuso, y fué propuesta por una eminente personalidad pública que se encuentra en este momento desempeñando un puesto público, con la certidumbre de que refleja un nuevo punto de vista de la masa general del público, dentro o fuera del Estado de Kansas, con respecto a las controversias industriales y a lo que sea posible hacer para solucionarlas. El tribunal industrial de Kansas puede representar o no un medio adecuado de realizar lo que este nuevo punto de vista implica; pero si este medio no da resultados, se encontrarán otros más eficaces.

[Arthur Richmond Marsh nació en Newport, Rhode Island, 3 de octubre de 1861; graduado en la Harvard University en 1884; después, conferenciante sobre bellas artes, y profesor de literatura en la misma institución;

entró después en los negocios, desempeñando altos puestos en finanzas; y desde 1911 ha sido redactor de la revista que hoy se llama *The Economic World*.]

Inter-América

El miedo de vivir

El miedo de vivir—dice Bordeaux—es una enfermedad que hace principalmente estragos en sociedades como la nuestra, de antigua civilización; los síntomas de esta crisis moral pueden parecer contradictorios, pues hay dos modos de tener miedo a la vida, como hay dos especies de egoísmos.

La primera y más frecuente ha sido denunciada por el Dante, y marcada en el tercer canto del «Infierno» con su desprecio; es la especie de «las tristes almas que vivieron sin censura ni alabanza», como la de los ángeles que no fueron fieles ni se rebelaron como Luzbel, y a los que ni Dios ni Satanás admiten en su compañía; los seres más despreciables y más desdeñosamente

tratados en «La Divina Comedia»: esos apenas han vivido; han tenido «miedo de vivir». La otra especie la forman los que sólo aceptan la vida a beneficio de inventario, siempre que satisfaga su fin personal de goce o ambición, pudiendo tomar por divisa la célebre definición de Mérimée: «La vida es un tapete verde donde no se divierte uno sino mientras se juega fuerte.» Analicemos ambas especies de tisis.

El miedo de vivir consiste precisamente en no merecer alabanza ni vituperio; es el cuidado constante de la propia tranquilidad, evitando todo peligro, fatiga, pasión, entusiasmo o sacrificio: es el egoísmo pasivo que se encierra en la mezquindad de una existencia sosa e incolora. Ese miedo es el que inspira al joven en la elección de una carrera, haciéndole elegir el funcionarismo, con el modesto sueño de un retiro pacífico; es el que mantiene en el celibato a muchos solterones, cuando no les aconseja un matrimonio de interés (1): es el que produce

(1) Entiéndase: matrimonio de interés *pecuniario*, más censurable aún que el «matrimonio de amor», a locas.

el temor de los hijos y la economía de paternidad; es la causa de las abstenciones electorales en los partidos moderados, del desdén que sienten por la política las clases medias, como si se pudiera prescindir de la política, y como si de los males que se le achacan no fueran los primeros culpables los que se encierran en la inacción de su egoísmo, contentándose con murmurar desdeñosamente con aire superior de los asuntos públicos. «No quiero ver la enfermedad ni la muerte—dice a su marido Hedda Gabler, la heroína más morbosa de Ibsen;—evítame el espectáculo de todo lo que sea feo»; y esta estética persona, en el momento de matarse por hastío, después de haber vivido para sí misma, nota que el ridículo y la bajeza han manchado como una maldición cuanto ha tocado en su vida.

El miedo marca en el rostro a esa nueva raza de jóvenes que sólo parecen cuidarse de su salud y que, aun no digiriendo sino con ayuda de aguas minerales y de camomilla, no abren la boca sino para criticar y denigrar, no alaban nada, no desean nada, como si tuvieran en las venas sangre de pescado.)

La otra forma del miedo de vivir no teme el esfuerzo, la fatiga ni la batalla, siempre que el objeto sea el goce. Don Juan es la más brillante encarnación de este egoísmo audaz. Es la energía de los bandidos; y en los negocios, en la política, en sociedad, se encuentran hombres y mujeres que no quieren obtener de la vida más que goces inmediatos arrojándola después como una naranja estrujada que ha soltado todo su jugo. El romanticismo, al proclamar el derecho a la pasión, a la dicha y a la libertad, alentaba este desarrollo de la fuerza individual; hoy lo alienta otro romanticismo—el feminismo exagerado—y el individualismo ha encontrado su filósofo en Nietzsche, con su superhombre.

Pero, ¿no es paradójico llamar «miedo de vivir» a la doctrina que glorifica la vida y dobla su intensidad? Nó: porque los que tienen miedo de vivir quieren vivir como el niño del ovillo del cuento, tirando del hilo de la vida de modo que sólo les ofrezca novedades y goces; y limitar la vida a la juventud es despreciarla, y temer o aborrecer la vida ordinaria es tener

miedo a la vida, ya que es imposible que ésta se componga siempre de sensaciones extraordinarias.

Entre las manifestaciones de la enfermedad está la necesidad de divertirse. Hay que distraerse; y para ello, se compone uno un programa de diversiones inaguantables, y se convierte la existencia en un cinematógrafo; la vida no consiste en estar constantemente distraído, y no debe confundirse la acción con la agitación; la única verdadera energía es la disciplina.

Nacemos en estado de dependencia (de país, de raza, de medio, de educación, de fortuna, de salud), y esa dependencia hay que aceptarla resueltamente, y ese es nuestro primer acto de heroísmo. La voluntad, la energía intervienen después para modificar nuestra condición natural mejorándola, y esa serie de esfuerzos realizados con tal fin es lo que da a la vida todo su valor. El dolor físico, especialmente, se nos ha hecho insoportable; pero ese dolor, como el moral, son completamente indispensables en la vida; antes del sufrimiento, apenas se distinguen los débiles de los fuertes. La energía

permite soportar el fracaso, el dolor, el esfuerzo; es una fuerza preciosa que hay que disciplinarla. Tengamos fe en la bondad de la vida y aceptemos todas sus cargas y responsabilidades.

ANDRS VERNOS

Cómo se corrompen las democracias

El principio de la democracia se corrompe no solamente cuando se pierde el espíritu de igualdad, sino también cuando se adquiere el de extremada igualdad, y cada uno quiere igualar a los que escoge para mandarles. Entonces el pueblo no puede sufrir el poder mismo que él confía y todo lo quiere hacer por sí, deliberar por el senado, ejecutar por los magistrados y despojar a todos los jueces.

Ya no puede haber virtud en la República. El pueblo quiere desempeñar el cargo de los magistrados y, por lo tanto, no los respeta ya. Las deli-

beraciones del senado ya no tienen peso, luego entonces no se tienen ya consideraciones a los senadores y por consiguiente a los ancianos. Cuando no se les tiene respeto, tampoco se tendrá a los padres; los maridos no merecen ya deferencia ni los amos sumisión. Llegará todo el mundo a amar este libertinaje; la molestia del mando cansará lo mismo que la de la obediencia. Las mujeres, los niños, los esclavos no tendrán hacia nadie sumisión. Ya no habrá buenas costumbres, amor al orden, en una palabra, se acabó la virtud.

Tan lejos como el cielo está de la tierra, así el verdadero espíritu de igualdad lo está del de igualdad extrema.

Tal es la diferencia entre la democracia regulada y la que deja de serlo: en la primera no se es igual sino como ciudadano; y en la otra se es también igual como magistrado, senador, juez, padre, marido...o amo.

Espíritu de las Leyes, VIII, Montesquieu (Siglo XVIII).

De Colins

.... «Pero ¿qué es lo que hay que hacer? Aconsejadnos. Indicadnos el remedio. Os queremos oír». Suelen replicar los amos, es decir, los gobernantes.

Y los gobernados deben responder: ¿No os habéis arrogado el monopolio de la ciencia? Tomar el poder, aceptarlo siquiera, es declararse sabio y, por consiguiente, responsable.

La verdad no será buscada sino cuando llegue la época en que nadie se atreva a aceptar el mando a ciegas y a locas.

*
* *

No puedo ser claro para quien no quiera o no pueda poner atención.

*
* *

El misticismo es la subordinación del razonamiento al sentimiento. Se ha-

ce mal en hablar de misticismo solamente cuando se trata de religión. Es él la enfermedad general—y por cierto la más incurable—mientras dominen las opiniones, por ausencia de la verdad. M. Chevé, en una de sus admirables lecciones de música racional, nos refería el hecho de haber pasado toda una noche con un músico sentimental—de muchísimo mérito por lo demás—sin lograr hacerle aceptar que el $\frac{3}{4}$ y el $\frac{3}{8}$, eran una misma cosa, puesto que duraban igualmente según el cronómetro. «Tiene Ud. razón, decía el místico, yo lo veo, es incontestable; pero yo *siento* que no son la misma cosa».

Ahí está todo el misticismo, el político, etc., etc. Entre un millón de individuos—y quizá me quede corto—no hay talvez uno que no sea místico en alguna cosa.

*
* *

El estudio de los *fenómenos* es indispensable para alcanzar el conocimiento de las *sustancias*. No podemos reconocer lo que hay de inmaterial en el hombre sin haber conocido antes todas las

propiedades de la materia. El estudio de la materia es primordial.

*
* *

Si en la naturaleza del hombre no incluís la materia, todos vuestros estudios de filosofía no valen lo que uná hora de trabajo, así sea el de recoger estiércol.

*
* *

En metafísica, la verdad absoluta, o nada. Fué ra de lo absoluto, la metafísica es una tontería, como la física es una tontería fué ra de lo relativo.

E. J. R.

Miscelánea

Recordando a una negrita, a propósito de una circular:

Viniendo de Europa, por primera vez, hace 26 años, hube de pasar un día en un lindo lugar de las Antillas. Dando una vuelta por las afueras de

la población, en compañía de un joven inglés, casi de mi edad, vimos sobre la puerta de una casa un rótulo que decía: *Consúltenos Ud. sobre cualquier asunto; le responderemos gratuitamente y en bien suyo.* Mi compañero me hizo entrar. Salió a recibirnos una negrita, con ese doble aire de soberbia y de humildad de quien cree poder dar consejo y desea darlo.—¿Dónde está el oráculo?, preguntó el inglés.—Diga Ud. qué se le ofrece, contestó la negrita con dulzura.—Quiero saber la manera de encontrar una esposa seguramente buena.—¡Oh! No puedo responderle por mí misma; pero puedo servirle de intermediaria, porque la casa cuenta con una lista de personas que colaboran en su obra de beneficencia.—¿Y cómo decidirá Ud., le replicó el inglés, a cuál persona debe dirigirse? ¿Es a un cura, a un médico, a un jurista o a un químico? De la elección de Ud. depende el éxito que obtenga mi consulta. ¡Ya ve Ud. cuánta jactancia hay en el rótulo de su puerta! ¡Adiós y dispense!, entramos por pura curiosidad.

1.º de octubre de 1920.

*
* *
212

DESDE LA BARRERA

Por creer unos y otros en la reencarnación y por el favor que les merece a unos y otros la homeopatía, son frecuentemente confundidos los teósofos y los colinsistas (o logarquistas, según es mejor decir). Sin embargo, hay entre ellos una diferencia tan grande como la existente, por ejemplo, entre los socialistas y los individualistas en sociología.

Según lo que he podido sacar en limpio de mi estudio del logarquismo, voy a resumir los rasgos que lo distinguen de la teosofía (de que he oído hablar.)

1. El logarquista es dualista: admite lo inmaterial (el alma, la sustancia propiamente dicha, que puede darse cuenta de su propia existencia) y lo material (lo que se toca, lo fenomenal, el movimiento).

El teósofo es monista: el universo es de una sola esencia. No se distingue el teósofo del materialista sino en el NOMBRE que da a esta esencia.

2. Las almas del logarquista son simples (sin cualidades), indivisibles, inmodificables, eternas (sin principio ni fin).

Las almas (o el alma) del teósofo evolucionan, progresan, son modificadas.

3. Para el logarquista, las almas no pueden comunicarse entre sí sino mediante el *verbo* (el lenguaje verdadero). Y este verbo no puede desarrollarse (o, mejor, nacer) sino en organismos que posean una memoria centralizada y que vivan en sociedad. Un hombre es una alma unida a un organismo de esta clase. El animal es un organismo sin alma: no puede darse cuenta de su existencia ni habla.

Para el teósofo, las almas pueden comunicarse entre sí directamente.

4. Al logarquista la intuición no suministra sino datos, hechos. Solamente el razonamiento discursivo es capaz de *probar* alguna cosa.

Al teósofo, la prueba le viene únicamente del conocimiento directo, intuitivo. El razonamiento lógico es inadecuado a dar una convicción moral.

5. Para el logarquista, la ley de Justicia o de Karma debe probarse por un razonamiento.

Para el teósofo la ley de Karma no se explica. El hombre no puede com-

prenderla, debe aceptarla por fe y creer en ella sin prueba.

*
* *

El auge de la teosofía parece haber llegado a su término, por ahora al menos. ¿Logrará el logarquismo abrirse campo alguna vez? Hoy le sopla buen viento. Hay un lazo innegable entre los llamados problemas morales y los problemas económicos; y la solución logarquista de estos últimos—o sea la socialización de la propiedad territorial—gana adeptos notablemente. Si se habla de impuestos, v. gr., ¿no es manifiesta la tendencia general hacia el *impuesto único* de los georgistas? ¿Y qué significa esto, en el fondo, sino el reconocimiento de que la tierra debe ser propiedad colectiva? Considerados los terratenientes como inquilinos del Estado, desaparecen todas las trabas que hoy restringen la producción: la cosecha será para el que siembre, la construcción para el que construya, etc., etc., siendo los gastos públicos totalmente cubiertos por el alquiler del suelo.

*
* *

Al pretender que las generaciones futuras soporten una parte de los gastos y cargas de la presente, al pretender imponerles una participación en nuestros desembolsos, nos tomamos la libertad de presumir que aquéllas admitan que se hicieron en su beneficio, tanto como en el nuéstro, y llevamos la metáfora hasta el absurdo. Por medio de las deudas públicas, los que rigen el gobierno pueden obtener sumas que no conseguirían con la ayuda de contribuciones inmediatas sin levantar la indignación y la resistencia de aquellos que podrían hacer esa resistencia más efectiva. Así pueden sostenerse los tiranos y nutrirse la extravagancia y la corrupción. Si es posible señalar algunos casos en los cuales la facultad de incurrir en deudas públicas haya sido conveniente por algún concepto, no tienen comparación con aquellos cuyos efectos han sido siempre perjudiciales. ¿Qué es lo que el pueblo inglés paga al pagar los intereses de su enorme deuda nacional? Paga los réditos de sumas tiradas o derrochadas por licenciosos y disolutos tiranos y corrompidas oligarquías de generaciones anteriores, de donaciones o conce-

siones hechas a cortesanos, alcahuetes, aduladores y traidores contra sus propias libertades y las de los otros pueblos; paga el costo de pisotear al pueblo irlandés y de infligirle heridas que aún se enconan; paga las enormes sumas gastadas en el esfuerzo por mantener en el continente europeo la blasfemia del derecho divino; paga los desembolsos hechos para llevar la rapiña a pueblos inofensivos de las cuatro partes del globo. Sin la facultad de los gobernantes para contraer deudas públicas, no hubieran podido costearse nunca los nueve décimos de las guerras que la cristianidad ha sostenido durante los dos últimos siglos.

HENRY GEORGE

1883.

*
* *

«Los niños—decía San Agustín—son inocentes de cuerpo, gracias a su debilidad; no lo son siempre de alma. He visto y observado un niño enfermo de celos; no hablaba todavía, lanzaba miradas furiosas sobre el otro niño que veía alimentarse en el pecho de su madre. ¿Quién no ha visto escenas semejantes?»

*
* *

217

El perseguido se refugia en el primer escondrijo que encuentra a mano. Hay, pues, con frecuencia en los rincones cosas y personas de mucho valor, revueltas con otras que debieran permanecer orilladas definitivamente.

*
* *

Atomo significa indivisible, relativamente indivisible, y nada más. La noción de átomo no se opone al concepto de unidad de la materia.

Para el astrónomo que estudia los movimientos de los astros, cada astro es una unidad astronómicamente indivisible.

Para el físico que estudia los fenómenos debidos a los movimientos o acciones de las pequeñas masas (moléculas), estas moléculas son las unidades físicamente indivisibles.

Para el químico que estudia los fenómenos de intercambio de materiales entre las moléculas, las partículas que se trasladan siempre en bloque de un edificio molecular a otro son los átomos, químicamente indivisibles.

Para el radiólogo que estudia los fenómenos de integración y desintegración atómicas, las unidades indivisibles son los electrones que entran en juego en estos fenómenos.

E. J. R.

*
* *

A juicio de la experiencia cotidiana, que no ve más que la apariencia engañosa de las cosas, la verdad científica es siempre una paradoja.

KARL MARX

*
* *

El ebrio se despoja, durante cierto tiempo, de su naturaleza razonable; y al perder la conciencia de lo que es, y el imperio de sí mismo, produce en su persona la demencia y, por la repetición de semejante locura, deprava cada día más y más sus facultades.

CHANNING

*
* *

Cerca de las tres cuartas partes de los crímenes y delitos cometidos contra las personas, son perpetrados bajo la influencia del alcohol, por lo común

bajo la embriaguez accidental, demasiado avanzada (Baer, Lang, Marthaler y otros). La mayor parte de los crímenes son cometidos el domingo, el sábado por la noche, el lunes y los días feriados (Lang). Los departamentos franceses en que más se bebe, son aquellos en los cuales más crímenes se cometen (Claude, de los Vosgos).

El diez por ciento de los hombres mayores de veinte años, en las quince más grandes ciudades de Suiza, mueren directa o indirectamente por el alcoholismo. (Estadística federal).

Casi la tercera parte de las admisiones masculinas en los asilos de alienados suizos que admiten alcoholistas, está compuesta por las víctimas directas del alcohol. Lo mismo ocurre, en todo o en parte, con el tercio de los suicidios masculinos en Suiza.

En 30 años, el número de alienados ha aumentado en un 72 por 100 en el cantón de Berna. En Noruega, en que ha disminuido mucho el consumo del alcohol, no aumenta más.

DR. AUGUSTO F'OREL

Antiguo Profesor de Psiquiatría de la Universidad de Zürich, ex-Director del Asilo de Alienados de la misma ciudad, Jefe Templario Internacional.

Fué Magnus Hüiss, el primero que designó bajo el término de «alcoholismo» los estragos ocasionados por el alcohol. Su obra «Alcoholismus chronicus» escrita en 1851, talvez el primer monumento antialcoholista elevado en el campo de la publicidad científica, estaba consagrada a describir los daños que el tóxico ocasionaba en su patria, Suecia.

Después de él, todos los tratadistas designan con el nombre de alcoholismo una verdadera enfermedad social, con sus síntomas, su evolución y sus remedios, o por mejor decir su remedio, pues el único conocido eficaz es la abstinencia total.

Durante mucho tiempo se ha discutido si el alcohol debería ser considerado como un verdadero alimento humano. Los célebres trabajos de Atwater y Benedict, hechos por iniciativa de la Wesleyan University, que demoraron cinco años y costaron alrededor de dos millones, han permitido llegar a comprobaciones fundamentales sobre este tan debatido tema. Atwater sintetizó su pensamiento, fundado en sus experiencias, en la frase el «*alcohol es un alimen-*

*to, un mal alimento, un detestable ali-
mento.»*

CARLOS ENRIQUE PAZ SALDÁN

Trabaje Ud. sin hacer caso de las calificaciones de los que se llaman sus maestros. Si éstos fueran discretos procurarían calificar pocas veces y habrían quemado ya esos formularios estúpidos ideados por la camarilla escolar de los últimos diez años.

Los grandes hombres en el colegio

(Extracto de un artículo de César Carujin)

Es interesante hacer ver cómo han sido apreciados en el colegio muchos grandes genios.

El ilustre botanista sueco LINNEO fué colocado como aprendiz en casa de un zapatero porque no podía ir a la par de sus compañeros de escuela.

El sabio escritor naturalista alemán Alejandro HUMBOLDT pareció tan tonto a sus profesores que fué considerado como incapaz para el estudio.

WALTER SCOTT, fecundo novelista in-

glés, mereció del profesor Delzell un pronóstico de oscuridad, por sus escasas aptitudes clásicas en la universidad de Edimburgo.

SWIFT, autor de los viajes de Gulliver, fracasó lastimosamente en los exámenes de la universidad de Dublin y en los de Oxford.

WELLINGTON fué tenido por el alumno más perezoso y torpe de su clase.

NAPOLEÓN pasó por colegial de difícil comprensión. Comenzó a medio distinguirse en la escuela militar de Brienne.

ALFIERI, el primer poeta trágico de Italia, fué sacado del liceo por petición insistente de sus profesores.

POINCARÉ, Enrique, el matemático, físico y filósofo, obtuvo en los exámenes de bachillerato de 1871 un hermoso *cero* por su composición de física y tamaño *dos* (mediano) por la de matemáticas.

GERHART HAUPTMANN, poeta y dramaturgo alemán, no logró pasar de 4.º año de la escuela real, siendo particularmente malas sus notas en *lengua materna*.

VÍCTOR HUGO, PÉREZ GALDÓS, EMILIO ZOLA, PIERRE LOTI, etc., etc.

En cambio, ¿quién podría hacer la lista de las nulidades o medianías que han sido aplaudidas por sus maestros?

Puede que estas líneas sirvan de consuelo a algunos de *la cola* de sus clases; pero no deben de ningún modo desalentar a los de *la cabeza*. He querido simplemente hacer pensar en la falibilidad del juicio de los pedagogos sobre el valor de sus alumnos en el presente y en el futuro.

E. J. R.